

Recordar, compartir, aprender

Bilbao

Carmen Díaz, 92 años

María Moracia Calleja, 19 años

“NUNCA ME HAN HECHO LA CAMA”

Acudo a la residencia de mayores de la Misericordia, en Bilbao. Pregunto por Carmen Díaz. Se encuentra en el primer piso, esperándome; sonriente, llena de fuerza.

Aunque nació en Guadalajara, ha vivido en la ciudad vizcaína la mayor parte de su vida, ya que debido al trabajo de su padre, herrero de profesión y luego técnico en comunicaciones, tuvo que trasladarse aquí con diez años.

Qué ardua tarea la de escoger un episodio de entre toda una vida. En especial cuando se tienen 92 años plagados de experiencias, sentimientos y con alguna que otra laguna temporal. Ésta última, parece una táctica recurrente para eclipsar acontecimientos que no merecen ser recordados.

Debe de ser muy complejo para uno mismo sentarse a tasar sus propias vivencias a una edad tan elevada; cuántas veces habrá cambiado la hora en cada uno de los solsticios que no dejarán de sucederse, cuándo empezó a sentir inexorablemente cómo el otoño se mofaba acentuando los típicos estragos de la artritis y el reuma, a cuántos amigos y familiares habrá sobrevivido y, por lo tanto, llorado amargamente... En fin, ese cúmulo incontable de diapositivas que, unas veces, pasan demasiado rápido bajo la luz del proyector sin dejar lugar a la introspección; otras veces, se queman en el filtro o, simplemente, se extravían, relegando así ciertos momentos al olvido. Y luego están aquellas que, en contadas ocasiones, ya sea a causa del sufrimiento o la alegría que suscitan, permanecerán proyectadas en la pared, al menos, durante toda una existencia.

Hay sueños que no tienen cabida en un folio. Quizás, sea que, a una cierta edad, los sueños no sean sino los pasajes grabados en nuestra memoria. Quizás, Carmen, cuando mira hacia atrás para volver a saborear “las cosas buenas” que vivió, para rememorar las aspiraciones y deseos que vio satisfechos, se olvida de plantearse qué le faltaría por experimentar. De ahí que al preguntarle cuál es el sueño de su vida, aquel que le falta por cumplir, responda que no lo sabe. Que a ella le daría lo mismo cruzar el océano Atlántico que acudir al teatro a ver una zarzuela. La única condición que fija es volver de noche a la residencia. “A mi la noche me gusta pasarla aquí”.

Por eso, la pregunta, a medida que la edad avanza, tiende a tornarse retórica; se ha vivido casi de todo y no se pide nada más a la vida. De ahí, que en lugar de un sueño no alcanzado, vamos a remitir una verdadera historia. El primer beso. La boda. La llegada de los hijos. Nervios. Dicha. Miedo. Momentos y sensaciones comunes a casi todo ser humano. La comunión nos la vamos a saltar porque en este caso no fue de lo más agradable. Ni tuvo vestido de princesa, ni gran banquete. Comulgó entre la multitud de fieles y, para comer, le tocó preparar unos garbanzos.

Carmen, costurera de oficio, conoció a su marido cuando trabajaba en un pequeño taller como pantalonera en el que ambos coincidieron. Recuerda a la perfección el primer beso que le dio su marido mientras caminaba por el frondoso parque de doña Casilda, en Bilbao. Ante semejante actuación, ya que todavía no estaban casados, ella le espetó un: “¡pero qué haces, tonto!”. Eso sí, plagado de cariño. Al contar esto, se empeña en resaltar lo respetuoso y prudente que fue siempre su marido. Adelantándose así a un posible juicio equivocado.

Con el tiempo llegaron los planes de boda. Ambos sastres, confeccionaron juntos sus respectivos trajes de boda. Exactamente igual que harían con su futuro.



Se casaron en la Quinta Parroquia y todo fue de perlas. La única celebración de que gozaron fue un modesto desayuno con la familia, los amigos y los colegas del trabajo. Un viaje a Burgos hizo las veces de luna de miel, recuerda entre sonrisas mientras se le humedecen los ojos. Tampoco aquí contaban con cocinera particular, así que le volvió a tocar preparar la comida los dos o tres días que duró el peculiar viaje de novios.

Carmen lleva viuda unos 32 años, y se percibe de lejos que la pérdida de su marido es lo que más pena y abatimiento le ha causado. Lo recuerda casi a cada instante, a cada suceso que relata, a cada situación que describe. De hecho, siento como si yo misma lo conociera de todas las anécdotas que de él refiere. Y es que, después de algo más de tres décadas sin él, sigue recordándolo con la misma pasión y tenacidad del principio, de cuando se enamoraron. Digno de elogio.

Fruto del amor fueron los dos maravillosos hijos que trajo al mundo, de los que está muy orgullosa: un varón y una mujer. Gracias a ellos, ahora cuenta con cuatro nietos: dos varones y dos mujeres, que la tratan a pedir de boca.

Vital e inagotable; desde el primer momento Carmen no dejó de narrarme sucesos. En su nuevo hogar está encantada. Vive tranquila, sin preocupaciones. Y, aunque nunca ha molestado ni molestará a nadie, dice que prefiere no entorpecer el ritmo de vida de sus hijos.

Nunca le han hecho la cama. Hasta hace dos años, que ingresó en la residencia de la Misericordia. Lógicamente, presume de tan admirable hazaña y desvela que, aunque la salud no siempre la acompañó, ha tenido suerte y ha podido desenvolverse por sí sola hasta una edad bien avanzada. Incluso parece que le fastidia que no le dejen seguir haciéndola.

Le encanta decir: “puedo sola”. Es cierto. Puede sola. Desde su silla de ruedas es capaz de abrir todas las puertas de un puntapié. Además, en la residencia, también la han empujado a saber defenderse en el mundo virtual. Ahora, Carmen sabe cuántas cosas se pueden hacer con un ordenador e intenta hacerse una idea de lo que es Internet. Ilusionada, relata que ha enviado ya sus primeros correos electrónicos. A sus nietos, por supuesto. Cuando el tiempo lo permite, sale a la terraza a tomar un poco de aire fresco y luz natural, donde me espera contemplando el estadio de San Mamés y las interminables obras que se adueñan en estos tiempos de Bilbao. Llega la hora de charlar.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

La vida, siempre salpicada de malos y peores momentos, nos enseña, entre otras cosas, a seguir adelante. Probablemente constituya más una exigencia que una instrucción. El ser humano no se limita a vivir, sino que tiende a extraer continuamente moralejas y máximas de su paso por este mundo e intenta prever el futuro acontecer. Esto no tiene por qué mermar el disfrute que supone el mero hecho de haber vivido.

Carmen, a sus 92 años, no titubea al contestar a la pregunta sobre qué momento recuerda como el más feliz de su vida: “todos. A pesar de todo”. Tampoco duda, ni reflexiona ante la cuestión inevitable; qué época o hecho le resultó más triste y desagradable: “ninguno. Los ha habido, pero es mejor olvidarlos”.

En verdad, probablemente lo más provechoso sea echar el candado al baúl de los pesares y malos recuerdos y exprimir sólo aquellos de los que haya algo saludable que extraer.

Dicen los psicólogos que el hombre suele recordar con mayor nitidez y precisión los momentos felices, mientras el infortunio normalmente se desfigura y disipa de la memoria. Pero también aluden a que la felicidad no se revive de igual manera que el dolor. Un episodio alegre consigue dibujar una sonrisa en el rostro, pero la amargura va mucho más allá, y vuelve con la misma intensidad para fustigarnos y desgarrarnos eso que algunos denominan alma.

De ahí que Carmen, y todos, suprimamos aquellos pasajes que se esmeran en perseguirnos en un desesperado intento de que desistamos, de que tiremos la toalla. Pero el dolor no repara en que todos tenemos una historia que contar de cara a la felicidad.



La vida es aprender y trabajar, dice mi compañera nonagenaria. Aprender a sobrellevarla, a vivirla, y, por supuesto, trabajar para lograr construir una familia, que será lo más maravilloso que dejemos aquí cuando ya no estemos. Como dijo François de La Rochefoucauld: “pocos saben ser viejos”.

Carmen lo lleva genial. Y nadie dijo que fuera fácil.